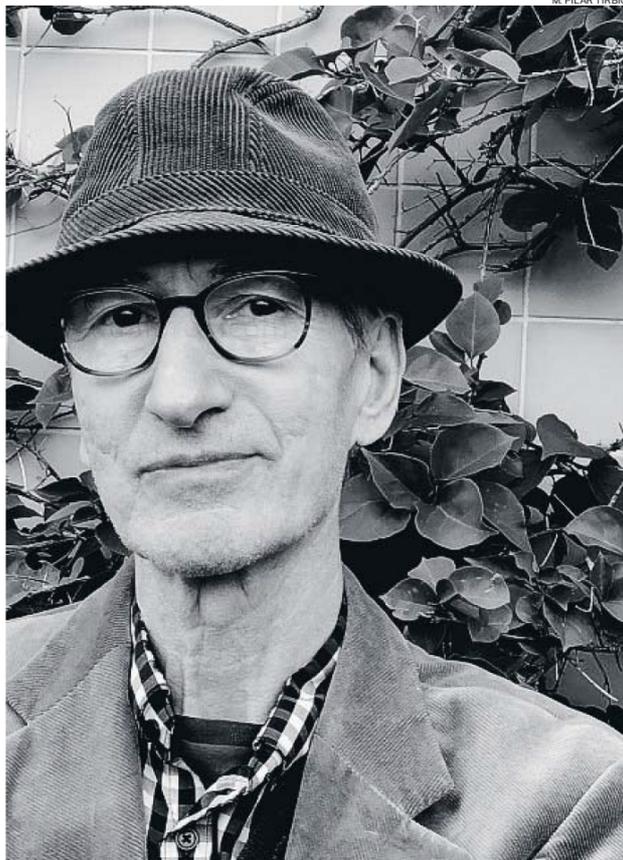


El poeta, crítico de arte y artista visual barcelonés Juan Bufill



M. PILAR TIRIBIO

SANTIAGO MARTÍNEZ

Juan Bufill (Barcelona, 1955) es un creador polifacético: sus trabajos en vídeo, sus fotografías de una naturaleza a la que hace hablar o, por qué no, sus críticas de arte aparecidas en este diario dan cuenta de un universo propio y original. Pero uno intuye que es sobre todo poeta. Lo demostró en su primer libro, *Subespecies humanas* (1992) que pilló a la crítica bastante despistada, y lo corroboró de manera rotunda más recientemente con *Antinaufrágios* (2014). Su nueva entrega, *Palabras ojos*, confirma el carácter excepcional de su poesía.

Una cita de Arnaud Daniel marca claramente el propósito inicial del libro: “y nadó contra corriente”. Así, las dos primeras secciones, “Antiautoayuda” y “Preguntas y más preguntas” realizan una metódica labor de demolición de la realidad aparente y de las verdades generalmente consensuadas. Se trata, claro está, de alejarnos de nuestras certidumbres, de dejarnos literalmente “a la intemperie”, palabra clave en el libro. Lo vemos en poemas como el titulado *Poema cuestionario (antiaforismos)*, donde en lugar de la aseveración rotunda, el encadenamiento de reiteradas interrogaciones cuestiona la realidad, de lo trascendente a lo cotidiano: “¿son naturaleza las palabras?” o “¿hay bares que son metafísicos?”, para cerrar el poema abundando en el tono irónico: “lo mataron por preguntar”.

En la parte central del libro profundiza Bufill en la naturaleza de su poesía. Una poesía que mezcla vida y filosofía, siguiendo las enseñanzas de María Zambrano, y que quiere poner de relieve “lo que no era y existe”; y es que el poeta es un “cazador del tiempo en fuga”. Por otra parte, hay a lo largo del libro una insistencia en la imagen de elementos que se descomponen, que se dispersan. Una especie de paso del orden al caos: “siempre se está dividiendo / la luz en sus propios colores / la unidad original en lo diverso”. Una disgregación que llega también a la propia vida, “la vida llena de nada” y que muestra también la fragilidad del ser humano: “pues cualquier yo es tenue llama / y en todo espacio abierto existe el viento”, nos dice en versos memorables con ecos barrocos.

Las dos últimas secciones funcionan a modo de colofón o resumen de las principales ideas del libro. Pretenden ser una “guía para el desconocer”, y el poeta se instala en la duda (“dudas por valentía / nunca por miedo y pereza”) para constatar que la sabiduría “se compone de ausencias y carencias”. Lo inaprensible, lo que se desintegra, lo fragmentario es pues el material del que se nutre esta poesía que intenta iluminar las zonas oscuras de la realidad, porque en definitiva “su único sentido es despertar / luces que se habían ocultado”. Nos encontramos pues ante una propuesta poética de gran solidez. Intempestiva en su constante cuestionamiento de la realidad y excepcional en la originalidad de los recursos que utiliza, imposible de asimilar a ninguna corriente coetánea y con poemas como *La vida prosaica* o *Solar* dignos de figurar en cualquier antología. /

POESÍA

Nadar contra corriente

Juan Bufill, creador polifacético, confirma con ‘Palabras ojos’ el carácter excepcional de una poesía que mezcla vida y filosofía, con toques irónicos

Un libro

un libro es un antitemplo que no somete ni obliga ni exige muerte de otros pues desconoce a su dios sus piezas son las palabras su único sentido es despertar luces que se habían ocultado o que no habían nacido o colores que podrían, también ellos iluminar con recuerdos o esa oscuridad imprescindible para no ser deslumbrados en la caída en el vértigo del comprender con exceso y el conocer a la vez un libro es como un espejo que no refleja presencias sino ausencias, deseos recuerdos transfigurados reuniones de cosas dispersas que así encuentran sentido: toda la vida perdida concentrada en su representación un libro es como un licor hecho de materia madurada de tiempo y destilaciones

un libro es como un sueño -iluso- de eternidad pero está hecho de tiempo: objeto lo que era fuga un río en un frasco de licor un libro es como un edificio hecho a tientas, por partes que no parecen tener sentido mientras se hacen pero luego, con el tiempo, lo componen o bien puede ser otra cosa: sólo un montón de recuerdos medio borrados y vivos una reunión de fragmentos como semillas de oasis un libro puede ser como un océano cuya extensión no se abarca cuya escritura no acaba y no tendría final pero un día se da por acabado, incompleto: sueño licor viaje espejo océano reunión de páginas de palabras

/ Se trata, claro está, de alejarnos de nuestras certidumbres, de dejarnos literalmente “a la intemperie”

/ Intempestivo en su constante cuestionamiento de la realidad, y original en los recursos que utiliza

Juan Bufill
Palabras ojos
Vaso Roto
172 páginas
17,10 euros

NOVELA

Los últimos niños de Tokio

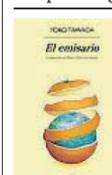
En un futuro distópico, los japoneses vuelven a sus más arcaicas costumbres

PALOMA CRUZ SOTOMAYOR

De pequeña, Yoko Tawada (1960) pensaba que todas las personas del mundo hablaban japonés. Era una niña de Tokio, nacida en una ciudad gigantesca pero que siempre sintió diminuta, “porque todos los niños hablaban solo japonés y todos eran japoneses”. Lo afirmó en una entrevista en 2018, en el Festival de Literatura de Louisiana: “Eso es algo normal para Japón -dijo-, pero no es algo normal hoy”.

El emisario (Anagrama, 2023), ganadora del National Book Award 2018, es un libro de ciencia ficción que parte, quizá, por reflexionar sobre esta experiencia, o bien de imaginar los límites de la globalización y el capitalismo. Con tintes posapocalípticos, sigue un día en la vida de un bisabuelo, Yoshiro, y su bisnieto, Mumei. Los sitúa en un futuro distópico y ecocatastrófico, pero la novela se cuenta desde un estilo costumbrista. Sin movimientos bruscos, dos únicas escenas enmarcan la historia del presente: la preparación de Mumei en casa con Yoshiro, y su posterior llegada al colegio. Y a través de esta cotidianidad se nos revelan los detalles del nuevo orden del mundo.

En el futuro donde se sitúa esta historia, han desaparecido las sociedades cosmopolitas. Japón, bajo un totalitarismo fascista y tras una catástrofe medioambiental, ha cerrado sus fronteras. Los japoneses prohíben los extranjerismos, vuelven a sus más arcaicas costumbres y supersticiones y prescindir de la tecnología. La pirámide de población está por completo tergiversada e invertida y, ahora, las más antiguas generaciones parecen vivir eternamente mientras los niños nacen enfermos y débiles. Pero, si bien con una premisa pesimista, la materialidad de la narración de Tawada se empapa de ternura, poesía y sátira. La preocupación constante de Yoshiro por su bisnieto hace que la trama oscile entre un estado de nostalgia por el pasado y



Yoko Tawada
El emisario
Anagrama
Trad. de Marta Morros Serret
176 páginas
18,90 euros

la resignación a una realidad que presume la muerte prematura de los niños de Tokio. Los fetiches temáticos de la autora, que ya se vieron en la aclamada *Memorias de una osa polar* (Anagrama, 2018), aquí vuelven a vislumbrarse: la obsesión por la otredad, la migración y el lenguaje, que se problematiza en su relación con la realidad desde lo identitario y lo filosófico.

Lo interesante en *El emisario* surge cuando las fronteras del orden establecido se transgreden, algo que la autora practica todo el tiempo. Habiendo vivido décadas en Alemania, inventa deliberadamente neologismos en sus libros. En ocasiones, en sus novelas confluye su idioma materno con el alemán. Nos revestimos de lenguaje, lo que es determinante en nuestra percepción del mundo, como afirma Tawada, en literatura “hay que siempre empezar de cero”. ¿Cómo nombrar, desde ahí, lo que es nuevo, lo que está por venir o lo que se debe olvidar? /